

## DON ISAAC J. BARRERA PERIODISTA

Carlos Alberto Coba Andrade.

Don Isaac J. Barrera, en su vida profesional había llevado como lema: "La fuerza de las naciones reside en la moral de los pueblos. Inculcarla es salvarla". Ved ahí la obra grande, la obra por excelencia de este ilustre otavaleño y bendito mil veces, señores, el hombre que consagre a vigorizar ese principio que, para hablar el lenguaje de Kant, al grito de la política dice: "Sed prudentes como serpientes —agrega esta restricción, única que da vida y nobleza a las naciones—: "y sencillos como palomas".

Isaac J. Barrera durante su vida ha enseñado el dogma de "Igualdad, libertad y fraternidad", siendo el único capaz de dar felicidad a nuestro Ecuador y al mundo y el doble axioma del espíritu y de la política, el único capaz de asentar sobre base sólida las naciones y los pueblos. El principio supremo, la soberanía del pueblo como ley; ved ahí la verdad pura, la verdad fecunda que siempre proclamó Barrera. ¿Sabéis, decía en sus editoriales, cuál debe ser la máxima de toda política? Colocar en alto la verdad y escribir sobre todas las banderas esta divisa, caballeresca según un filósofo inmortal, noble en mi convicción y en la conciencia de los hombres libres: "Fiat justicia, pereat mundus" —hágase la justicia y perezca el mundo del egoísmo. Algo más: sacrifíquese una generación, ya que se quiere dar a malvados tanto poderío y las futuras en su felicidad bendirán a esa generación martir. Sí: el mundo puede ser grande, porque puede ser moral. Aquel que lo niega lleva en el pecho la desconfianza hacia sus hermanos y es que se siente arrojado de sí mismo por lo poco que le queda de las eternas naciones de la justicia.

Yo confío en las palabras de Isaac J. Barrera, porque la divinidad y la razón me enseñan, a la par, a reclinar tranquilo la cabeza en

el seno de esa humanidad, que es mi madre y que es mi hermana. Ni estamos en tal camino, que no es por cierto el presente el peor de los siglos: y a aquel que invoca, como Rousseau, lo pasado para deprimir lo presente o maldecir los dones de la civilización, podrían repetirse las palabras de un filósofo de la última centuria en boca de Isaac J. Barrera: "Guárdate de las ilusiones y de las paradojas del misántropo. El hombre descontento siempre de los presente, atribuye a lo pasado una perfección falsa, que no es sino la máscara de su tristeza. Elogia a los muertos en odio de los vivos y golpea con sus huesos de sus padres". Sus escritos reflejaban estas verdades propias de un visionario y visionario lo fue don Isaac J. Barrera.

Al exaltar la memoria de tan ilustre otavaleño, vienen a mi memoria las palabras de Montesquieu, repetidas por Kant que decían: "Donde se entregan las costumbres y éstas relajan la moralidad pública, allí cae la sociedad, o porque revienta la anarquía o porque una tiranía se levanta". Verdad profunda, que la política ha desconocido y fue don Isaac J. Barrera quien tenía presente en sus artículos editorialistas.

Tal es la misión, que debemos aceptar abiertamente, sin disimularnos su aridez, ni su importancia, ni la gravedad de los deberes que impone y santa empresa acometemos al llamaros, estimados lectores, ofreciéndonos los beneficios materiales, que preocupa la fraternidad y las buenas y oportunas doctrinas que enseñan un dogma fecundo y regenerador. Nuestro deber, por consiguiente, es llevar una conducta ajustada, porque nada habla tan alto como el ejemplo, y contribuir cada uno en su esfera, más o menos amplia, a la moralización de esa gran parte de la sociedad que se distingue por su honestidad.

Sed morales y cuando vuestros compañeros os vean tan felices, se apresurarán a imitaros. No lo dudéis. No hay más tranquilidad que la de la inocencia, no hay más felicidad que la de la virtud; y en nadie se hace tan palpable esta verdad como en el hombre recto, a quien de continuo amagan la desventura y la miseria.

Isaac J. Barrera, preocupado por los problemas de nuestra sociedad, en el mayor de los casos, su pensamiento era orientador. Barruntando sus palabras, en no pocas ocasiones, expresaba: "Si halláis a vuestro paso una familia, cuya madre se entrega al llanto mientras el sol alumbra, y cuyos hijos, cubiertos de andrajos, debilitados por la intemperie y con sus órganos roídos y empobrecidos por el hambre, —no tie-

nen momento de placer ni de quietud: cuando veáis que la miserable choza que habita, si no se estremece por la ira que estalla bajo su techo, abriga impresiones y gemidos de una desesperación incurable”.

Convengamos, entre tanto, en que esos vicios son artífices perpetuos de todo linaje de desventuras, ya que no hemos de hablar de los que pertenecen al resorte del derecho, sobre los cuales fulmina la ley de sus anatemas. En otra parte, decía: “La inmoralidad es una blasfemia constante, persistente: una maldición hecho axioma: una imprecación contra Dios y la humanidad hecha ley”; y en una blasfemia, esa imprecación, no tiene más consecuencia que la profunda soledad del alma, es decir: la desesperación.

Isaac J. Barrera recalcó que la virtud dignifica al hombre, sólo la virtud salva los pueblos, la virtud ilumina el universo moral como el sol el universo físico y el trabajo da calor y vida los corazones y nutre la economía de los pueblos.

Altos son los problemas que había enfocado don Isaac J. Barrera. Hombre de una generación altiva y de pluma generosa. Cuando el tiempo abrió la tumba, tan gloriosos recuerdos fueron el encanto y el orgullo de las generaciones venideras.